

# El secuestro del barroco en la formación de la literatura brasileña

## El caso de Gregorio de Mattos

**S**i hay un problema instante e insistente en la historiografía literaria brasileña, este problema es la «cuestión del origen». Es en este sentido que se puede decir — como hice en «De la razón antropofágica» — que estamos delante de un «episodio de la metafísica occidental de la presencia, transferido hacia nuestras latitudes tropicales, (...) un capítulo que apendiza el logocentrismo platonizante que Derrida, en la *Gramatología*, sometió a un lúcido y revelador análisis, no por casualidad bajo la instigación de dos excéntricos, Fenollosa, el anti-sinólogo, y Nietzsche, el pulverizador de las certezas»

En el caso brasileño, ese enredo metafísico ve acrecentada su intriga con un componente singular de «suspense»: el nombre del padre («le nom du père») se presenta (o se ausenta), desde luego, sometido a la rasura y a la razón, exactamente, de una «perspectiva histórica». Escribió en 1970 Wilson Martins («Gregorio, el Pintoresco»): «¿Realmente ha existido en el siglo XVII un gran poeta brasileño llamado Gregorio de Mattos? Ciertamente, no; al menos no en términos de historia literaria. Como escribe el señor Antonio Candido en la *Formación de la Literatura Brasileña*, aunque haya permanecido en la tradición local de Bahía, él no existió literariamente (desde una perspectiva histórica) hasta el romanticismo, cuando fue redescubierto, sobre todo gracias a Varnhagen. Y sólo después de 1882 y de la edición de Vale Cabral puede ser realmente valorado. Antes de eso, no influyó, no contribuyó en la formación de nuestro sistema literario, y permaneció tan oscuro bajo sus manuscritos que Barbosa Machado, el minucioso erudito de la Biblioteca Lusitana (1741-1758), lo ignora completamente a

pesar de que registre cuanto João de Brito y Lima pudiera alcanzar (I, 18). Mucho más tarde, ya en pleno siglo XIX y después de la Independencia, Ferdinand Denir tampoco lo menciona en el resumen de *Historia literaria de Portugal y del Brasil*; su inclusión en la cronología literaria del siglo XVII es, pues, uno de los más espantosos de involuntaria mistificación histórica que se pueden presentar».

Oswald de Andrade («La sátira en la literatura brasileña», 1945) opinaba en sentido diametralmente opuesto: «Gregorio de Mattos fue sin duda una de las mayores figuras de nuestra literatura. Técnica, riqueza verbal, imaginación e independencia, curiosidad y fuerza en todos los géneros, es lo que define su obra e indica desde entonces los rumbos de la literatura nacional.»

## La paradoja borgiana y/o pessoana

Estamos, pues, delante de una verdadera paradoja borgiana ya que a la «cuestión del origen» se suma la de la identidad o pseudoidentidad de un autor «patronímico». Uno de los mayores poetas brasileños anterior a la vanguardia, aquel cuya *existencia* es justamente más fundamental para que podamos *coexistir* con ella y sentirnos herederos de una tradición viva, parece no haber existido literariamente «desde una perspectiva histórica». Como Ulises, el mítico fundador de Lisboa que —en el poema de Fernando Pessoa— **Fue por no haber existido**, también Gregorio de Mattos, ese «ulterior demonio inmoral» (Mallarmé) parece habernos fundado exactamente por no haber existido, o por haber sobreexistido artísticamente a fuerza de no ser históricamente. **El mito es la nada que es todo**, completa Fernando Pessoa en el mismo poema.

En esa aparente contradicción entre presencia (pregnancia) poética y ausencia histórica, que hace de Gregorio de Mattos una especie de demiurgo retrospectivo, abolido en el pasado para activar mejor el futuro, está en juego no sólo el problema de la «existencia» (en términos de influencia en el devenir actual de nuestra literatura), sino, sobre todo, la propia noción de «historia» que alimenta la perspectiva según la cual esa existencia es negada y dada como una no-existencia (en cuando valor «formativo» en términos literarios).

## Perspectiva histórica e ideología substancialista

De hecho esa «perspectiva histórica» fue enunciada a partir de una visión substancialista de la evolución literaria que responde a un ideal metafísico de entificación de lo nacional. Si procedemos, en el modo «derridiano», a una lectura destructora de algunos de los presupuestos básicos del que es el más lúcido y elegante (en cuanto a articulación del modelo explicativo) ensayo de reconstrucción historiográfica de nuestra evolución literaria, la *Formación de la Literatura Brasileña (Momentos decisivos)*, 1959,

de Antonio Candido, obra capital (y, por eso mismo merecedora, no de un culto reverencial, obnubilado, sino de discusión crítica que responda a sus instigaciones más provocativas), veremos que el tema substancialista circula por su texto. Su propósito enunciado en el prefacio de la primera edición, es, a través de la lectura, «con discernimiento» por medio de la cual las obras «reviven nuestra experiencia», acompañar «las aventuras del espíritu»: «En este caso, el espíritu de Occidente, buscando una nueva morada en esta parte del mundo» (I, 10). En este rastreo aventurero de las andanzas del *espíritu* (el Logos, el Ser) de Occidente a la búsqueda de su nueva *morada* (la casa o habitáculo del Logos) en tierras americanas, dos series metafóricas se van perfilando. Una «animista», otra «organicista». La primera, decididamente ontológica (auscultación de la «voz del ser», tema caro a la «metafísica de la presencia»). La otra, relacionada con el presupuesto evolutivo-biológico de aquella historiografía tradicional que ve reproducirse en la literatura un proceso de floración gradual, de crecimiento orgánico, sea regido por una «teología naturalista», sea por la «idea conductora» de «individualidad» o «espíritu nacional», operando, siempre con dinamismo teleológico, en el encadenamiento de una secuencia acabada de sucesos (terminando necesariamente en un «clasicismo nacional»), correspondiente, en el plano político, a otro «instante de plenitud», la conquista de la «unidad de la nación».

Ambas series metafóricas, así individualizadas, se comunican en el substancialismo que les da coloración. Por eso se puede leer en *Formación*: «Nuestra literatura es una rama secundaria de la portuguesa, que es a su vez un arbusto de segundo orden en el jardín de las Musas...» La lectura de esa literatura «pobre y débil» demanda «cariño y aprecio» (sin perjuicio del «discernimiento», atributo del «espíritu crítico»), pues: «si no fuera amada, no revelaría su mensaje». La lectura con «discernimiento», a partir del amor, «anima» las obras. Es decir: les da *ánima*, alma, las hace expresar la voz del **logos** que emigró de Occidente y se transplantó en el no tan edénico Jardín americano, donde su «aclimatación» será «penosa» y requerirá, para ser bien comprendida, el *cuidado* de nuestra escucha (lectura amorosa): «Nadie, aparte de nosotros, podrá dar vida a esas tentativas muchas veces débiles, otras fuertes, siempre cercanas, en que los hombres del pasado, en el fondo de una tierra inculta, en medio de una aclimatación penosa de la cultura europea, trataban de estilizar para nosotros, sus descendientes, los sentimientos que experimentaban, las observaciones que hacían —de los cuales formaron los nuestros—.» La doble serie metafórica se muestra precavidamente antiuforista, *disfórica*: la rama transplantada es «secundaria» y el arbusto del que fue extraída «de segundo orden»; a su vez, la recepción del **logos** transmigrado y su cultivo en la nueva morada, no tendrá nada de paradisiaca (palabra que significa etimológicamente «jardín»; la tierra es «inculta» y la «aclimatación» (la culturización) ha de ser «penosa».

## La encarnación literaria del espíritu nacional

El *impasse* se resuelve por la adopción de la «perspectiva histórica». Si al «espíritu de Occidente» le cupo encarnarse en las nuevas tierras de la entonces América Portuguesa, compete al crítico-historiador re-trazar el itinerario de *parousía* de ese Logos que, como un árbol, o más modestamente, un arbusto, tuvo que ser replantado, germinar, florecer, para un día, tal vez, coparse como un árbol vigoroso y plenamente formado: la literatura nacional. El concepto metafórico de historia, según Derrida, envuelve la idea de linealidad y la de continuidad: es un esquema lineal del desarrollo de la presencia, obediente al modelo «épico». Se comprende así porqué se vuelve necesario, para esa «perspectiva histórica», determinar «cuándo y cómo se definió una continuidad ininterrumpida de obras y autores, informados casi siempre de integrar un proceso de formación literaria» (I, 25). Por qué se busca individualizar una «tradición continua» de «estilos, temas, formas o preocupaciones». Por qué es necesario un «comienzo»: «Ya que es preciso un comienzo, tomé, como punto de partida las *Academias dos Selectos* y de los *Renascidos* y a los primeros trabajos de Claudio Manuel da Costa, poniendo de relieve, para facilitar, la fecha de 1750, que es en verdad puramente convencional» (I, 25).

La «perspectiva histórica» es, pues, una perspectiva ideológica y como tal se manifiesta cuando el criterio de pertinencia que la rige es explicitado: «el lector percibirá que me coloqué deliberadamente en el ángulo de nuestros primeros románticos y de los críticos extranjeros que, antes que ellos, situaron en la fase arcádica el inicio de nuestra verdadera literatura, gracias a la manifestación de temas, sobre todo el Indianismo, que dominaron la producción ochocentista». Revisar en la «perspectiva actual» la concepción de esos críticos, que entendieron la «literatura del Brasil como expresión de la realidad local y, al mismo tiempo, como elemento positivo de la construcción nacional». Por otro lado, en un movimiento de contrapartida, que responde a la ya subrayada postura «disfórica» del crítico, es aceptado que la misma disposición provechosa puede muchas veces redundar en los escritores «en perjuicio y desorientación bajo el aspecto estético», lo que, en el límite, excluye alguna de sus manifestaciones del «terreno específico de las bellas letras».

## El privilegio de la función referencial y de la función emotiva

Queda, así, definido el carácter convencional», convencionado (y, ya en ese primer nivel, ideológico) de la alegada «perspectiva histórica». Esa perspectiva, además de no excluir otras orientaciones, supuestamente no-históricas, —es lo que postula en I, 25— no podrá, además, como veremos, dejar de admitir la existencia de otra noción